

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,
DE CADIZ.

ACUERDOS Y RESOLUCIONES.

EXTRACTO DEL ACTA DE LA JUNTA GENERAL DE SOCIOS, CELEBRADA
EL DOMINGO 24 DE DICIEMBRE ÚLTIMO.

Señores que asistieron: Coppieters, presidente; Moresco, vice-presidente; García Cabezas, consiliario; Cammas, depositario; Alvarez Espino, secretario general; Uhthoff, secretario contador; Alvarez y Sanchez; Arbolí; Campos (D. C.); Capriles; Dios (D. J. M.); Dios (D. S.); Gutierrez y Diaz; Lopez; Odero; Ramirez Brunet; Rivas (D. F.); Rivas (D. J. M.); Rodriguez y García; Torres (D. J. R.); y el secretario del Interior.

El Sr. Presidente abrió la sesion á las dos en punto de la tarde y se leyó el acta de la anterior, que fué aprobada.

El Sr. Secretario general dió lectura á la Memoria que reclama el art. 37 del Reglamento, y que se publicó en el número anterior, la cual obtuvo la más unánime y entusiasta aprobacion de la Junta.

El Sr. Depositario leyó el extracto de la cuenta de caja.

El Sr. Secretario contador dió cuenta de la situacion económica de la SOCIEDAD, manifestando que, á pesar de cuantos esfuerzos ha practicado la Junta para realizar todas aquellas economías que son compatibles con la representacion decorosa y con la activa, amplia y provechosa propaganda que lleva á cabo, la morosidad de cierto número de socios, así residentes como corresponsales, en el abono de sus reducidas cuotas—únicos ingresos de la SOCIEDAD—ha dado lugar á que, contra la voluntad y contra los cálculos del Secretario contador, se vea éste en la necesidad de entregar sus cuentas con un saldo á cargo de la So-

Febrero, 1877.—Tomo III.—Núm. 8.

CIEDAD, de pesetas 521. Refirió las repetidas tentativas hechas para realizar aquellos créditos, y el escaso resultado obtenido, añadiendo que últimamente se han redoblado los esfuerzos para hacer efectivos todos los atrasos, habiéndose encargado algunos Sres. socios corresponsales de cobrar los recibos de sus vecinos; y terminó expresando su esperanza de que una vez conocida por los socios la situación en que coloca á la SOCIEDAD la apatía de algunos, se apresurarán estos á solventar sus deudas, y aun quizás otros, que cuenten con bienes de fortuna, se decidirán á auxiliar nuestra obra, proporcionándole los medios materiales indispensables para que sea eficaz y provechosa nuestra propaganda.

El Secretario del interior dió lectura á la lista de los socios residentes y corresponsales, admitidos desde la fecha de la última Junta general.

La SOCIEDAD aprobó todo lo actuado por la Directiva en el último trimestre.

El Sr. Odero pidió la palabra para proponer que—en vista de lo manifestado por el Sr. Secretario contador, y á fin de evitar que ciertas informalidades se perpetúen—se publique en todas las Juntas generales la *lista nominal* de los socios que hayan sido dados de baja con arreglo al art. 8.º del Reglamento, por haber dejado de satisfacer su cuota mensual por espacio de un trimestre.

El Sr. Presidente hizo algunas observaciones acerca de la dureza de esta medida y de su poca utilidad práctica, á cuya opinión se adhirió el secretario que suscribe; y el Sr. Odero retiró su proposición.

El Sr. Rivas, (D. J. M.), propuso á su vez, que se dirija la Directiva á los socios proponentes de aquellos que se hallen atrasados en el pago, encargándoles de recaudar el importe del atraso.

El Sr. Lopez indicó la conveniencia de que en las propuestas de socios se exija, siempre que sea posible, la firma del aspirante á ingresar en la SOCIEDAD.

El Sr. Vice-Presidente, Moresco, reprodujo y amplió la proposición del Sr. Odero, en esta forma: que se conceda un mes de plazo á los socios que se hallan en descubierto, para que puedan solventar su deuda; que se anuncie por medio del BOLETIN y por notas impresas en los recibos, que se publicarán los nombres

de los que sean dados de baja en cumplimiento del art. 8.º del Reglamento; y que si hay alguno que no satisface las cantidades que es en deber, ni pasa oficio explicando satisfactoriamente la razon de su atraso ó solicitando separarse de la SOCIEDAD (si no debe tres meses), se publique su nombre en el BOLETIN de la misma, expresando el motivo.

El Sr. García Cabezas, y el Secretario que suscribe, propusieron que respecto de los socios que actualmente se hallan en descubierto, se adopte lo indicado por el Sr. Rivás (D. J. M.), aceptando el plazo que daba el Sr. Moresco; que para lo sucesivo se establezca el sistema de admision propuesto por el señor Lopez, y que en las propuestas de los socios dados de baja en cada trimestre, se indique, por medio de una nota, la razon por la cual dejan de pertenecer á la SOCIEDAD, colocándose estas propuestas sobre la mesa por si los concurrentes tienen á bien examinarlas.

Brevemente apoyadas estas proposiciones por sus autores, fueron puestas á votacion sucesivamente, resultando aprobadas la primera, por unanimidad; y la segunda y cuarta por mayoria, y desechada, asimismo por mayoria, la tercera.

El Sr. Dios, (D. J. M.), hizo notar que la proposicion del Sr. Lopez constituye una modificacion del art. 5.º del Reglamento.

El Secretario del interior contestó que lo acordado no altera la esencia ni la letra del artículo, sino que establece simplemente la forma en que se ha de llevar á cabo lo que aquel preceptúa.

El Sr. Secretario general dió cuenta de una atenta carta de nuestra ilustre consocia la Sra. viuda de Daniel Dollfus, quien prodiga lisonjeras frases á la SOCIEDAD por cuanto ha hecho para llevar á la práctica su pensamiento, digna y eficazmente.

Asimismo dió lectura á las siguientes comunicaciones, recibidas el mismo dia de la Sesión:

Carta del Excmo. Sr. Conde de Morphy, Secretario particular de S. M. el Rey, dando gracias al Sr. Presidente en el real nombre de S. M. por la Memoria premiada en el concurso contra las Corridas de toros, que la SOCIEDAD elevó á sus Reales manos por conducto del Ilmo. Sr. Gobernador civil de esta provincia, y encargándole que las trasmita á la Sra. viuda de Daniel Dollfus.

Carta del Sr. Marqués de San Carlos manifestando haber recibido y depositado en la mesa del Congreso de diputados, la

Exposición contra las Corridas de toros, que esta SOCIEDAD elevó á las Córtes por su conducto.

Carta del Sr. Lamas y Fernandez, socio corresponsal, noticiando que el Sr. Alcalde de Santiago habia suspendido una corrida de novillos anunciada en aquella ciudad, por haber espirado el plazo durante el cual se habia permitido celebrar corridas de toros en ella; y la destruccion de parte de la plaza, ocasionada por un fuerte temporal.

Un suelto del periódico *La Lealtad*, de Granada, en el cual se dice que en Turquía se han adoptado disposiciones protectoras de los animales de carga.

Se procedió á la eleccion de la mitad de la Junta Directiva, que habia de ser renovada para el año de 1877, resultando electo los Sres. que siguen: *Primer Vice-presidente*, Sr. Moresco; 1.^a *Consiliaria*, Sra. viuda de Alcon; 2.^o *Consiliario*, señor Garcia Cabezas; 3.^o, Sr. Torres y Soto; 5.^o, Sr. de Dios (D. J. M.); *Secretario general*, Sr. Alvarez Espino (D. R.); *Secretario contador*, Sr. Uhthoff.

El Sr. Vice-presidente, Moresco, dió gracias á la Junta en nombre propio y en el de sus compañeros, y se levantó la sesión á las cuatro de la tarde.

El Secretario del Interior,

J. DE RÍVAS.

EL HOMBRE EN LA NATURALEZA.

IV.

En cuánto queda dicho, y á esto ha tocado preceder, ha podido verse terminante y claramente expresada la relacion constante en que el hombre se encuentra, ya con los pájaros, ya con los animales todos: las aves que, en veloz carrera, cruzan el espacio; los animales ya feroces, ya inofensivos, ya domésticos han podido ante estas páginas aparecer, tal vez desprendiéndose de esa misma aparicion la deduccion exacta de lo que puede ser el deber del ser humano para con todos los otros seres.

Entre estos, las plantas ocupan un lugar muy importante: los árboles que pueblan los bosques de la tierra, deben, con todos los vegetales, comparecer tambien: así podrá verse si el hombre

con ellos está relacionado, si hay algo que diga sí existe, en efecto, esa notable relacion.

Cuando debian muchos siglos pasar para que llegara el momento en que el hombre habia de aparecer sobre la tierra, las plantas ocupaban el suelo del planeta, que ocultaban con la fuerza prodigiosa de su grandioso crecimiento.

Y entónces, las islas que emergian del seno de las aguas, aparecian muy pronto cubiertas de verdura, y las plantas que en ellas obtenian desarrollo y fuerte vida, preparaban el camino á los seres inúmeros que ellas anunciaban, de los que eran seguras precursoras.

En aquellos primeros tiempos de la existencia del globo que habitamos, la atmósfera se hallaba de tal modo cargada de ácido carbónico, que la vida animal en ella era imposible: por eso crecieron tanto los vegetales todos, que absorbían con ansia ese gas deletéreo, haciendo al aire puro y propio para dar en nuestros pulmones su oxígeno á la sangre.

De este modo, cuando el humano ser llegó á aparecer sobre la tierra, y elevando su frente hacia las nubes, pudo con ardiente deseo aspirar el aire que le envolvía, debió, al mirar en derredor la eterna verdura de los campos, debió lanzar sobre ella su bendicion primera: á ella debia aquello que vigorizaba su organismo, que él, inconsciente, absorbía, cual si su sangre adquiriera de ese modo energía y vigor. Antes, pues, que existiera el hombre en nuestro globo, ántes que sentara su pié sobre la tierra, las plantas habian trabajado para él, que les era deudor de inestimable, de inapreciable bien.

De aquel dia al presente momento han transcurrido muchos siglos, muchos más de los que dá de vida á cuanto existe la mayoría de las gentes; y desde aquel dia la obra ha seguido: las plantas no han cesado en su accion, por tanto tiempo continuada.

Habiendo precedido al hombre, viven hoy con él, aunque no sean ya lo que antes fueron: su obra continúa, y en la vida hacen, ahora como ántes, sentir su notable influencia.

Gracias á las plantas, el aire de los campos es puro y perfumado: gracias á ellas, aparece cargado de oxígeno. En cambio de éste, que el hombre necesita, ellas absorven el carbono, que lanzamos á la atmósfera cuantos sobre la tierra respiramos: tal vez por esto, la partícula de carbono que existiera en nuestro

cuerpo, va á reverdecir la planta que produjera hermosa flor, que con placer llevamos á nuestro olfato, ú ostenta con orgullo hermosa jóven, sin que esta ni aun nosotros recordemos que lo que presenta belleza tan notable, ha podido recibir de nosotros lo que pudiera ser parte integrante de nuestro organismo.

Hay, pues, íntima union, comunicacion perfecta entre el organismo del hombre y el de los vegetales: la vida, en esto como en todo, aparece cual cadena continua, formada por numerosos, infinitos eslabones.

Si vivimos encerrados poco ménos que en estrechos cajones; si la atmósfera de nuestras ciudades se encuentra cargada de emanaciones tan distintas y tan perjudiciales; ¿por qué no pedir que las plantas ya rodeen nuestras casas; por qué no desear que los árboles y las flores adornen nuestras plazas, donde puedan dar al aire el oxígeno que despidan por sus hojas?

La relacion es clara, la union es íntima; ¿quién quiere destruir aquello que es elemento imprescindible de vida, aquello que ha debido preceder al hombre para que éste pudiera existir sobre el planeta?

Nadie será tan loco que su mal desee; nadie querrá acabar con lo que le es tan necesario.

Aparece, pues, en esto manifesto el deber; mas algo más habrá de presentarse que lo asegure con fuerte lazo, con invencible fuerza.

En los antiguos tiempos, nuestras montañas estaban cubiertas de bosques; las llanuras de la península se veian ocultas bajo una sorprendente vegetacion. Poco á poco, los montes perdieron los árboles, los arbustos que cubrian sus laderas; las tierras llanas vieron desaparecer los árboles seculares que ostentaban.

¿Cómo desapareció grandeza tanta?

El hacha, el fuego, fueron talando y destruyendo las selvas de la España: nuestro suelo se vió desnudo, desprovisto de tanta vida, de desarrollo tanto; y poco á poco, su riqueza fué disminuyendo, llegando á la pobreza en que se encuentra.

La transformacion ha podido verificarse: de ayer á hoy la diferencia no permite, en su terrible magnitud, casi apreciar los dos términos.

¿Dónde estan los valles de la Bética por do corrían arroyos de miel?

Y aún, considerado esto cual galana metáfora, ¿dónde estan las fértiles campiñas que dos cosechas al año produjeran?

De todo apenas quedan las señales, podría decirse aquí con Rodrigo Caro; los campos de nuestra amada patria sólo pueden hoy hacer ver *cuanta fué su grandeza, y es su extrago*.

Y si tal acontece en el momento, ¿qué será el porvenir?

Esta es la cuestion que se presenta, y que merece fijar detenidamente nuestra atencion.

Porque en la actualidad la tala continua: y los efectos que la desaparicion de nuestros bosques hagan sentir en nuestro clima, se acentuarán cada vez más, segun vayan los años transcurriendo.

Los árboles tienen una influencia tan notabilísima, que ellos regularizan las lluvias, contienen los terrenos, y casi constituyen las condiciones climatológicas de un país: tanto es así, que no falta quien quiera arrebatár al Sahara sus eternos, inmensos arenales, tan solo procurando la plantacion de ciertas especies arbóreas.

Egipto nos da un ejemplo de lo que llega á ser esa influencia que entre nosotros quiere desconocerse. Al construirse el canal de agua dulce que debia correr paralelo al que, á la navegacion destinado, ha podido los dos mares enlazar, las cercanías de esa nueva y notable ría no presentaban un sólo árbol que sombra diera al obrero fatigado: la llegada del agua hizo posible el plantar algunas especies arbóreas; estas, al crecer y elevarse, trajeron consigo la humedad, luego las lluvias.

El árbol puede conquistar el desierto; pero su pérdida hará tambien desierto el suelo donde se hallara.

Siguiendo en la emprendida marcha, el clima de la patria se hará mas seco cada dia: nuestras cosechas, que se pierden por falta del agua, que, tan escasa, fecundiza nuestros sembrados, piden á grito un protector: el árbol.

¿Qué se hace, pues; en qué se piensa?

Los árboles son en gran número cortados, en muy corta cantidad, en despreciable número sembrados: el dia de la catástrofe llegará si se persiste en la extraviada senda por donde se camina hoy; y la catástrofe no puede menos de ser espantosa.

Cuando el hacha del leñador corta implacable el tronco de la robusta encina, del resistente roble, del pino siempre verde, la

tierra parece estremecerse á cada golpe, cual si el eco de cada una repitiera una fatídica palabra.

En el espeso bosque, en la selva espaciosa, el eco parece repetirla; el oído la percibe claramente: ¡hambre!

Hambre, sí; hambre tan solo puede traer el bosque que se vá; solo miseria debe esperar el hombre si sigue destruyendo lo poco que nos queda de aquella portentosa, exuberante vegetación que un día la España poseyera.

Sí, pues, el presente es triste, ¿qué será el porvenir? se pregunta de nuevo.

El hombre aparece con esto en tan completa relación con la vida vegetal que le rodea, que la idea del deber surge espontáneamente y por sí se presenta.

Existe, sí, existe el deber de proteger la planta; aunque no fuera por otra causa mas que por el principio de conservación, de propia existencia.

Hombres y plantas, solidarios los unos de las otras, en estrecha armonía, en unión terminante aparecen: dígase si esto será ó no suficiente á sancionar el deber que al humano ser sobre la tierra corresponde cumplir.

Aunque lo sea, habrá que exponer aquí algo que aún asegure lo que con tan sobrada razón ya debe aparecer como probado.

En esa bellísima parte del año que lleva el nombre de primavera, en esa hermosa estación en que todo vuelve á la vida, las plantas se adornan con los más bellos colores, porque la naturaleza entera, sonriente y grandiosa, se engalana: entonces se celebra la fiesta de la vida.

Las flores son de un valor tan crecido por lo que pueden desarrollar el sentimiento, que difícilmente habrá manifestación estética tan graciosa, de valor tan inmenso.

¿Dónde podrá presentar el arte humano algo comparable al espectáculo sublime que presenta en una mañana de Mayo la naturaleza?

El espíritu del hombre no espresará jamás ni dará cuerpo á concepción tan elevada.

Las plantas, esmaltadas de millares de transparentes perlas que ha podido el rocío en ella depositar, hacen ver las corolas de sus flores, erguidas unas, inclinadas las otras, cual si fueran sus pétalos pesada carga para el débil tallo. En ellas se admira la

variedad de matices, la profusion de aromas, la magnificencia de su belleza, á la que nada puede compararse.

Y el hombre, ante tan notable, ante tan sublime espectáculo siente elevarse su ser, que parece querer desprenderse de la tierra buscando una región en que pueda tener ámplia cabida la inmensidad del sentimiento humano.

Solo quien tenga el corazon de roca, solo quien desconozca la belleza, podrá dejar de sentir ante las flores; que así como los cuerpos se electrizan por influencia, parece nuestro ser electrizarse por la que alcanza sobre él el grandioso espectáculo que la vida vegetal presenta en estos momentos en que ostenta la magnitud de su poder estético.

Cual la belleza viene á ser aspiracion del hombre, las flores ser debieran objeto de su amor: amar las flores es comprender en ellas lo bello que presentan, es sentir ante ellas, es comprender el bien; y el bien será siempre la primera, la más notable aspiracion del ser.

Hé aquí, pues, que ante la influencia decidida que para moralizar al individuo poseen las flores, deben ser éstas objeto de decidida proteccion: el deber, segun esto, aparece de nuevo, haciendo ver que la vida con la vida se completa; que toda ella se encuentra identificada completamente con nosotros.

Casi inútil parece, tras lo que queda espresado, enunciar la deducccion que aparece patente: el ser humano por el mismo interés de su existencia; por el importante é inapreciable beneficio que de ella recibe; por la influencia que tienen sobre su ser, debe aparecer constante, decidido protector de las plantas.

Tanto estas en general, como los árboles en particular, son los amigos del hombre: respete este lo que respeto y proteccion merece, que en ello irá ganando suma importante de virtud, de salud y riqueza.

Y si titubea ante la desgraciada creencia de que solo las mujeres deben amar las flores, diga como un notable escritor al principio de estas líneas citado:

«¡Qué importa!»

En cuanto queda dicho, aparece demostrado el deber del hombre para con las plantas, como resultante de la relacion que existe entre éstas y aquel: la existencia del deber, y no otra cosa, se buscaba; si queda manifiesta, terminada debe quedar la consideracion del ser humano al ser constantemente influido en

su vida física y moral por los vegetales. Quede, pues, aquí acabado el análisis propuesto desde el principio, al estudiar al hombre en la naturaleza, y llegue la síntesis á aparecer, si es que ya no ha podido por sí presentarse al pensamiento de los que, benévolo, hayan querido estos renglones seguir.

El objeto de este humilde trabajo es deducir la razon de la existencia de sociedades protectoras: ¿aparecerá ya esa razon manifiesta?

Tal vez sí.

E. THUILLIER.
Socio corresponsal.

(Se continuará.)

EL QUE A HIERRO MATA A HIERRO MUERE.

CUENTO.

A fines del siglo pasado ó principios de este, vivia en una aldea de las cercanías de Valencia, un matrimonio de labriegos, de apellido Llopiz, que tenia un hijo muy mimado y mal criado llamado Toni (Antonio). Toni tenia apenas ocho años, cuando ya empezaba á manifestar los mas perversos instintos para con los animales domésticos. Si pasaba un perro por su lado, lo acometia á pedradas hasta que el pobre animal, contuso, desaparecia. Tenia ademas gran provision de unas flechitas que los niños de mala índole saben, hace tiempo, fabricar á la perfeccion para atormentar á los animales. Estas flechitas se llaman actualmente *repullos*; son de madera y llevan una aguja en un extremo y unas barbas de papel en el otro. Tantas veces habia Toni hecho uso de los repullos contra animales inofensivos, que los niños de su clase, con quienes jugaba á menudo á los toros, dieron en llamarle, á pesar suyo, el *Banderillero*. Su padre, que vivia trabajando en el campo para mantener á su familia, se cuidaba muy poco ó nada de su conducta y educacion.

De este modo fué creciendo el Banderillero sin que nadie, con sus consejos, viniera á apartarlo del camino peligroso que seguia. Mas un dia, (entonces tendria Toni unos doce años), un perro dogo vino á abogar por las víctimas de aquella criatura tan cruel.

Mientras se baja por segunda vez á coger una piedra para arrojársela al animal, éste, que se habia contentado con ladrar la primera vez, le envistió, y de un bocado le descompuso el brazo izquierdo. Los vecinos acudieron á los gritos de Toni y, despues de haber hecho con harto trabajo soltar al perro su presa, un primo de Toni le dió muerte de un pistoletazo.

Desde ese día Toni fué mas prudente para acometer á los perros, pero no mas moderado en sus hazañas y la criminal alegría que antes experimentaba al mortificar algun animal, se convirtió en una sed insaciable de exterminio.

Dejemos ya estos pormenores de la infancia del Banderillero, quien continuó haciendo la guerra á todo el reino animal, incluso el hombre, y entremos en la segunda época de su vida, época en que el hombre usa realmente de su libre albedrío.

Habian trascurrido seis años desde el día fatal en que Toni se habia quedado medio manco y, como en su aldea habia sido siempre rebelde al trabajo y á las manifestaciones de su padre, á pesar de la escasez que reinaba en la casa, éste se vió precisado á despedirlo de su hogar, mas no sin recibir, por parte de Toni, amenazas de muerte que felizmente no tuvieron el resultado funesto que se podia temer. La mujer lloró amargamente el suceso; pero con el tiempo se tuvo que resignar á la separacion con que la suerte castigaba su exagerada ternura de madre. Más ¿qué fué de Toni? No lo sabemos. Lo que podemos asegurar es, que dos años despues de tan triste suceso apareció en la plaza de toros de Valencia recogiendo basura, levantando pica-dores y... dándole de varazos á los caballos.

¡Oh, fatalidad!... que el hombre se eleve y domine la sociedad entera, que ruede luego en un abismo insondable, las malas inclinaciones que le toleraron en su niñez siempre se mantienen á un mismo nivel, vislumbrándose al través de todas las vicisitudes de la existencia!

¡Cuántas veces no han preconizado los sabios la necesidad de dar buena educacion á los niños, tiernos arbustos que toman las formas mas extrañas si nadie los guia!...

Mas, volvamos al cuento. Si Toni en su tierra habia manifestado algun desden ó enojo cuando le llamaban el Banderillero, en Valencia admitia henchido de orgullo, no solo el apodo de Banderillero, sino el de Banderillero *manco*.

Fácilmente acertarán nuestros lectores la clase de gente con quien se reunia Toni Llopiz al nombrar á sus amigos mas íntimos como lo eran el Maláit, propietario de varios perros de presa para el uso de la plaza de toros; el Pardal, mozo de cordel; el Roch, zapatero remendon; y el Pintat, barbero sin barberia. El Maláit, entre todos, disimúleseme la espresion, llevaba la batuta; pues ninguna fechoria se proyectaba, sin que inmediatamente se le diera parte al mas audaz de los malhechores que abrigaba la capital; y la mayor parte de los robos que se cometian en los campos de Valencia, era obra del atrevido Maláit, del Banderillero manco y de sus dignos secuaces. Las pesquisas de la justicia eran vanas y todos sus esfuerzos no habian dado mas resultado que la encarcelacion preventiva de pacíficos campesinos.

Este estado de cosas duró mas de un año, y hubiese quizas durado dos y tres, si no se hubiese presentado una circunstancia providencial.

Toni, que vivía desde su llegada á Valencia en la misma casa que el Maláit, dijo un dia á su compañero: «A media legua de aquí, y no lejos del mar, vive un hombre de unos cuarenta años con un niño de corta edad y una vieja criada que viene á pasar la noche en Valencia. Este sujeto tiene, segun he podido informarme, mucho dinero. ¿Te parecería mal que fuéramos á compartir su felicidad?...»

Siempre encuentran los malvados algun paliativo con que tranquilizar sus conciencias. ¿Compartir la felicidad de un hombre!

Decir, vamos á robar ó á asesinar, seria darle importancia á un acto que ellos juzgan ser una friolera; decir hemos robado ó asesinado, equivale á decir ¡ay de nosotros! lo que hemos hecho!... y esto no sale jamás de la boca de un criminal.

Compartir su felicidad, esto dijo el Banderillero manco, y su compañero se puso á cavilar.

«¿No tienes mas pormenores de la casa?—preguntó el Maláit un momento despues.—¡Pues no he de tener!—esclamó Toni, y se puso á hacerle, con sus mas mínimos detalles, la descripcion de la casita de recreo que habian ido á habitar una temporada, D. Celestino Mas, propietario muy honorable, y su hijo Juan.»

Bástenos decir, para satisfacer al curioso lector, que esta modesta casa de campo, cuya fachada principal daba á un jardin enrejado, se componia de un piso bajo no mas. Las ventanas de detrás tenian todas su reja, y la portezuela, que comunicaba por la parte del mar con el campo raso, se cerraba por dentro.

«¿No te se olvida nada?—objetó el Maláit.—Nada, le contestó el Banderillero, que sin embargo se puso á pensar.—¿Te ha visto alguien mientras hacías tus averiguaciones?—Nadie.—Pues entonces, vamos en busca de los compañeros, porque dos somos poca gente para atacar una fortaleza, por mal defendida que esté.»—Tomaron sus mantas y se disponia el Maláit á abrir la puerta, cuando Toni lo detuvo.—«Tenias razon, dijo, se me olvidaba una cosa esencial.—¡Ya sabia yo con quien me trataba!... si no eres mas que un lego!... vamos á ver, ¿qué hay mas?—Un perro en el jardin.—Bueno; en ese caso llevaremos una perra.»—Sin embargo, el Maláit se arrepintió despues de haber pensado un instante en precipitar tan árdua empresa con las simples indicaciones de Toni, y al dia siguiente fué en persona, con toda clase de precauciones, á cerciorarse de la situacion topográfica y guarnicion de lo que él llamaba una fortaleza; mas los estudios que habia hecho su edecan Toni sobre el particular, le parecieron exactos y completos.

Al anochecer se reunieron el Maláit, el Banderillero manco, el Par-

dal, el Roch, el Pintat y una perra, en un bosquecillo desde donde veían perfectamente, sin ser vistos, la vivienda de D. Celestino Mas. El jefe y Toni llevaban cada uno debajo de la manta un retaco, una navaja y llaves de diferentes clases; las armas de los demás eran pistolas, palos, navajas, por supuesto, cuerdas y varios utensilios de cerrajero; nada, en fin, faltaba para el buen éxito de la expedición.

Un escritor inteligente hubiese encontrado aquí una ocasión oportuna para pintar los últimos fulgores de un crepúsculo que deja tras de sí las tinieblas y la muerte; hubiese presentado, con los mas vivos colores, un ocaso cuyos ensangrentados nubarrones se atropellan en lontananza ante el inmenso poderío de la sombra; hubiese, en fin, llenado nuestras almas de melancolía y de pavor. Nosotros nos contentaremos con decir que anochece.

Nuestros bandidos esperaban una orden de su jefe, y este, que la criada de D. Celestino emprendiera el camino de la ciudad.

En efecto; hora y media estaban aguardando los malhechores en el bosque y ya empezaban algunos á impacientarse, cuando se oyó el ruido de una puerta al cerrarse. Era la vieja que se iba. Un momento despues, el Maláit y su gente se fueron aproximando á la casa sin hacer el menor ruido. Las ráfagas del viento mugían y el astro de Diana se ocultaba tras de un horizonte amenazador. El perro que estaba encadenado en el jardín, había ladrado una vez; pero D. Celestino no le había hecho caso creyendo, como á menudo sucedía, que había sido sin motivo. Más he aquí, por qué se había alborotado el perro. El Maláit se había adelantado hasta la verja, dejando su gente á una corta distancia; luego había enviado su parlamentario (como él solía llamarle á su perra) á que tuviese una entrevista con el temible guardian del jardín. Este, como es muy natural, al distinguir la sombra de un semejante, se puso á ladrar; más cuando se enteró de que tenía una visita amorosa, se calló y quizás en su lenguaje, se escusó del error. Lo cierto es, que los bandidos penetraron en el jardín uno á uno, sin que el perro de D. Celestino se volviera á alborotar por lo menos en un instante. Entonces empezó la faena.

Mientras el Pintat introducía llaves en la cerradura de la puerta, el Maláit tenía su retaco apuntando en esta dirección; el Banderillero manco estaba en la misma postura que el Maláit delante de la ventana de la izquierda; el Pardal hacía lo mismo con su pistola delante de la otra ventana, y el Roch se había puesto de centinela con sus armas preparadas, delante de la puerta escusada. Estas maniobras llegaron á producir mala impresión en el perro de D. Celestino quien, aunque no tan fuerte como la primera vez, avisó á su amo. Una perra llamada Perla, que tenía este dentro de su casa, respondió al aviso.

Esta vez, D. Celestino que estaba escribiendo, abandonó la pluma y se puso á escuchar. No tardó en convencerse del riesgo que corría

por el ruidito imperceptible que hacían en la cerradura. Sin perder un instante tomó su escopeta y su espada, tranquilizó cuanto pudo á Juanito, quien desgraciadamente no tenía más que diez años de edad y temblaba mucho; le entregó dos pistolas con orden de seguirle, se persignó y apagó las luces de su habitación.

La luna aparecía ya en el horizonte con siniestro reflejo y el viento hacía ondear la frondosa vegetación del jardín y del bosque vecino, cuando de repente se abrió una ventana y una detonación, repetida por los ecos, inundó el espacio con su resplandor. Toni había tirado. En el acto se arrojó Perla por aquella ventana y acometiendo á la perra del Maláit, se hizo un ruido espantoso. Otro tiro resonó que partió de la ventana. Los bandidos amedrentados por el estrépito huyeron precipitadamente. D. Celestino estaba herido levemente en un brazo, pero esto no le impidió de saltar por la ventana, empuñando su espada con la mano derecha y una pistola con la izquierda, para perseguir á aquella canalla. No obstante, al llegar á la puerta de la verja se paró comprendiendo su temeridad. En este momento vio venir hacia él la perra del Maláit que había vencido á Perla en el combate y apuntándole con la pistola, hizo caer el gatillo; pero el tiro no salió. Una idea cruzó rápida por la mente de D. Celestino y, volviéndose de pronto, cerró la puerta enrejada, imposibilitando por este medio la salida al animal.

No tardó en acudir gente armada. Los malhechores habían desaparecido.

El Maláit y el Banderillero manco llegaron rendidos á su guarida y su primer cuidado fué el de ocultar las armas. Cuando se hubieron tranquilizado un poco, entablaron este diálogo:

—La perra no nos ha seguido, dijo Toni.

—No importa, contestó el Maláit, ella vendrá. Puede luchar con los dos perros de aquel señor.

—¿Y si aquel señor la ha muerto y luego se averigua que tú eres su amo?

—Tengo motivos para creer que eso es imposible: pues no se han tirado más que dos tiros y ninguno ha sido para mi perra; por otra parte, con arma blanca no consiente que se le arrimen... y en fin... aunque eso fuese, la perra no es conocida.

—¡No nos pese el lance!...

—Descuida, yo respondo.

Estaban en esto, cuando se oyeron pasos en la calle parecidos á los de una ronda. El Maláit, que se puso á escuchar, distinguió confusamente el ruido de una cadena. Un frío glacial circuló por sus venas: acababa de adivinar su situación.

—¡Estamos perdidos!... exclamó con lúgubre voz. Y después de haber mirado á la calle por los intersticios de la puerta, abrió y salió

de estampido para huir. Toni Llopiz siguió el movimiento de su compañero, pero ni uno ni otro lograron su intento.

Fueron arrestados y, previos informes adquiridos, de los que resultaron que Toni Llopiz, de apodo el Banderillero manco, y Pedro García, de apodo el Maláit, habían cometido varios actos de bandolerismo en los caminos que conducen á Valencia, dos robos con la circunstancia de asesinato, y otros muchos crímenes que la sumaria no pudo establecer debidamente, por lo que fueron sentenciados á la horca y ejecutados al día siguiente. El Pardal, el Roch y el Pintat murieron en presidio.

La perra que D. Celestino Mas había encerrado en su jardín, por obra de la Justicia Divina, había guiado los pasos de la justicia humana. Así, Toni Llopiz, que había vivido para castigo de los animales, halló en ellos su perdición.

El que á hierro mata, á hierro muere.

R. DE PAZ.

Villa de la Union, Noviembre de 1876.

RAZON Y OBJETO DE LA SOCIEDAD

PROTECTORA DE LAS PLANTAS Y DE LOS ANIMALES.

Siendo una verdad inconcusa que vivir y morir es ley natural, todos los seres esparcidos por la tierra estan sujetos forzosamente á la imperiosa ley de morir; y vemos que sobre la faz del globo que habitamos, se organiza y destruye sin cesar la vida de todos los seres y plantas, no estando á nuestro alcance determinar la duracion de cada una en las variadas especies que conocemos, y solo la experiencia ha demostrado próximamente la mayor vida en cada clase siempre amenazada de morir, ya para alimento de otros, ya por enfermedades ó epidemias, ya (las ménos veces) por la vejez, y con frecuencia por las guerras ó la vanidad y satisfaccion del hombre destructor, soberbio, y absoluto, como el que caza y pesca por el solo placer de matar. ¿Y quién duda de si este hombre gozaria tambien cazando á sus semejantes, si tal atentado no se castigase?

Si desde el dócil insecto y avecilla, hasta el toro bravo que rehusa la lucha con el hombre si este no incita, reconocen nuestro poder sobre ellos, ¿no es indigno de llamarse ilustrado el que por distraccion y placer persigue, mortifica y mata, al que sin delito alguno huye de nuestra presencia? Que juicio formaríamos de otros seres cuya, inteligencia fuese muy superior á la

nuestra y que se entretuviesen en cazarnos, por el solo gusto de ver su habilidad en tirar al blanco?

Vemos con frecuencia á muchos animales que con su fuerza ó astucia matan á otros solamente por alimentarse; por ejemplo, el lobo persigue al cordero, el gato al raton, el pez grande al pequeño, el ave de rapiña al conejo y avecillas, etc., y en este caso se halla el que, ejercitado en la caza y pesca, mata para ganarse el sustento ó el de su familia; si este cazador de oficio se alegra al cojer la presa, no impide que al mismo tiempo tenga lástima del daño que acaba de hacer.

Si la langosta invade los campos asolando las cosechas, y el moscardon y abejerro son enemigos mortales de nuestra agricultura, es preciso perseguirlos á fin de equilibrar la proporcion que ha de existir entre el número de plantas y animales necesarios á nuestra existencia; pues si los productos de la agricultura no son suficientes á nuestros alimentos, recurrimos á la caza y pesca, y es fácil comprender que cuanto más se abandone la agricultura, tanto más se aumentaria la caza y pesca y podria llegar el caso de no encontrar en los mares ni en la tierra todo nuestro preciso alimento.

El hombre con su facultad intelectual, unida al instinto de conservacion innato en todos los animales, ha conseguido constituirse en familia; estas forman los pueblos, estas las naciones, y estas una sociedad humana ocupada incesantemente en buscar los medios de vivir, para lo cual es indispensable el alimento; luego hay que reconocer que el que se dedica á la agricultura ocupa un honroso puesto en nuestra sociedad, por más que una parte de esta no quiera ó ignore conocerlo.

Las estadísticas nos demuestran el continuo aumento de poblacion, y debemos contribuir á fomentar tambien el aumento de las plantas y animales útiles á nuestra existencia.

Fundado en las anteriores razones, se estableció la ley de veda de la caza y pesca en ciertos meses que los animales más se multiplican; de esta veda hay exceptuados varios puertos, ó puntos de paso del atun, sardina, etc. Hay además otros puertos en que el gobierno concede continúe ejercitada en la pesca á una parte de los matriculados, estos privilegios traen consigo continuas quejas y graves disgustos, que creo podrian evitarse sólo prohibiendo rigurosamente el abuso de pescar con redes ó artes cuyas mallas ó aberturas no den paso á esos enjambres de hijue-

los que hoy se pescan y tiran sin provecho alguno.

Es muy sensible tambien ver en los niños la tendencia á destrozár los nidos, robando los tiernos hijos á las madres ave-cillas, lo mismo que el cazador ocupado en destruir con el huron el gazapillo en sus madrigueras; estos casos y otros muchos que podrian citarse, demuestran las malas inclinaciones y la falta de instruccion; corregir estos defectos, moralizando las costum-bres, se propone la SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS; y no he vacilado en tener la honra de pertenecer á tan digna SOCIEDAD, cuyos lemas son: *Moralidad, Justicia, Com-pasion, Higiene y Civilizacion.*

Moralidad, la tiene el que sujetándose á las buenas costum-bres no desea á otro lo que no quiere para él.

Justicia, la hace el que da á cada uno lo que es suyo, y no consiente que nadie abuse de su astucia ó poder para gozarse en el sufrimiento de otro.

Compasion, la tiene el que siente el mal de otro, y le evita en lo posible sus padecimientos.

Higiene, contribuye á ella el que pone en práctica los medios de alargar la vida evitando los padecimientos fisicos.

Civilizacion, es civilizado el que dando ejemplo se ocupa en perfeccionar la cultura de los pueblos, fomentar todo lo útil á nuestra sociedad y vituperar lo que la destruye.

Luego el hombre civilizado protesta:

Contra las guerras particulares, civiles y nacionales, por-que llevan consigo el luto, la desolacion y la ruina.

Contra las corridas de toros, riñas de gallos y luchas de fieras, porque desmoralizan nuestra sociedad y destruyen el interés material de ella, siendo muy lamentable ver en España que la falta de instruccion sea una de las causas que más con-tribuyen á sostener esos espectáculos de matanza que son la deshonra de los pueblos.

Contra la esclavitud, porque es indigno de ser hombre el que, como una mercancia, compra ó vende á sus semejantes.

Concluyo, pues, Sr. Director de este digno BOLETIN, suplicán-dole se sirva insertar este no elocuente artículo, si al ménos cree he conseguido poner en relieve el principal objeto de la SOCIEDAD PROTECTORA DE PLANTAS Y ANIMALES.

JOSÉ QUESADA Y CARVAJAL.
Socio corresponsal.

Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas.

DEBE.

	Pesetas.
Saldo en caja en 1.º de Enero de 1876.	11'26
Ingresos por todos conceptos.	
En Enero.	100
En Febrero.	115
En Marzo.	150
En Abril.	325
En Mayo.	289'50
En Junio.	177'50
En Julio.	100
En Agosto.	148
En Setiembre.	170'10
En Octubre.	222'25
En Noviembre.	219'75
En Diciembre.	284'58
	<u>2.301'68</u>

PESETAS. . . 2.312'94

V.º B.º

El Presidente,
JUAN GOPIETERS.

Conforme,

El Secretario Contador,
CARLOS F. PUTHOFF.

—Resúmen de la cuenta de Depositaria en 1876.

HABER.			Pesetas.
Arrendamiento del local.			
11 meses á 32'50 ptas. (Diciembre de 1875 á			
Octubre de 1876)	357'50		
1 mes á 30 ptas. (Noviembre de 1876).	30		387'50
Impresiones.			
Boletín. Números 9, 10, 11 y 12 del año 2.º y			
1, 2, 3, 4 y 5 del año 3.º.	757'50		
Entregado al Impresor, á cuenta de su crédito			
por otras impresiones.	162'75		920'25
Litografías de 50 diplomas			12'50
Almanaques.			
Resto de la cuenta de derechos de los Almana-			
ques de 1875.	50		
A cuenta de los derechos y flete de los Almana-			
ques de 1876.	250		300
Encuadernación de las Memorias destinadas á S. M. el			
Rey de España, á S. A. R. el Principe de Gales, á la			
Sra. Viuda de Daniel Dollfus y á las Sociedades Pro-			
tectoras de Lóndres y París.			32'30
Portes y franqueo de las Memorias y flete á Lisboa de las			
mismas.			60'30
Gastos de escritorio, alumbrado y Juntas generales . .			83'65
Id. de correo, porte de Boletines y Almanagues, y			
exceso de las Memorias.			144'09
Cobranza y reparto del Boletín, citaciones, Almanagues			
Memorias, etc.			180
Gratificación al escribiente			60
Varias cuentas.			
Guía de Cádiz.	6		
Dos libros rayados	12'50		
Un librito para premio.	5		
Un marco para el retrato del Sr. Grimaldi.	17		
Una estera.	20'75		
Reposicion de un escalon de mármol, roto.	23'50		
Traslacion de la Sociedad á otro piso de la			
misma casa.	10'63		95'38
Saldo existente en esta fecha			36'77
PESETAS.			2.312'94

Cádiz 31 de Enero de 1877.

El Depositario,

PEDRO GAMMÁS.

Débitos y Créditos en 31 de Diciembre de 1876.

DÉBITOS.

	Pesetas.
Cuentas de impresiones de las Memorias que obtuvieron el <i>primero</i> y <i>segundo accesit</i> y de los Estatutos y Reglamentos.	521'50
TOTAL DÉBITOS	521'50

CRÉDITOS.

Importe de las cuotas de ingreso y suscripcion al Boletín no satisfechas por varios socios corresponsales.	1.115'92
Id. de las cuotas mensuales no satisfechas por varios socios residentes.	470'50
TOTAL CRÉDITOS.	1.586'42

Cádiz 31 de Diciembre de 1876.

V.º B.º

El Presidente,
JUAN COPIETERS.

El Secretario Contador,
CARLOS F. JUTHOFF.

ADVERTENCIA.

Con el presente número del BOLETIN, van adjuntos la portada é índice del tomo primero de nuestra publicacion, para aquellos de nuestros consocios que quieran coleccionarle.

De igual manera publicaremos los de los tomos sucesivos: y rogamos á nuestros socios corresponsales, que vean de responder por su parte á nuestros esfuerzos y de ayudarnos al sostenimiento de este órgano esencial é interesante de nuestra SOCIEDAD.

EL ADMINISTRADOR.

Establecimiento Tipográfico de J. M.ª Gálvez.—Tenería, 1.—Cádiz.